

PEDACITOS DE UNA INMENSA HISTORIA

Roberta Bacic*

El tiempo y la distancia me permiten retomar la historia compartida con especial afecto. Lo esencial no sólo aflora sino que también cobra nitidez y lo superfluo va destiñendo, se lo va llevando el tiempo y la corriente de los ríos para guardar lo más profundo que nos va haciendo personas con historia y con memoria. Mientras desde este lado del mundo, en casa de campo, miro hacia la campiña, los recuerdos y la emoción me acercan increíblemente a la ciudad de Osorno, situada en la confluencia de los ríos Rahue y Damas, a 910 Km. Sur de Santiago, la capital de mi país: Chile. Y no sólo Osorno se hace presente, también sus pequeños pueblos cercanos como lo son Entre Lagos, Río Negro, San Pablo, Puerto Octay, El Encanto, Puyehue y tantos otros que van apareciendo entre ríos, lagos, volcanes, caminos rurales, nubes, cerros, valles, caminantes, pájaros, carretas de bueyes, tractores, autos, destartaladas micros rurales, buses y en cada uno de ellos veo emerger los rostros de las mujeres y sus familias con quienes conjuntamente salí, a partir de comienzos de la década del 80 a la búsqueda de sus detenidos desaparecidos y al encuentro de una mejor calidad vida y convivencia. El camino ellas ya lo habían iniciado; yo también en otras geografías. Nos pesaba ya entonces una carga de casi 10 años de cruenta dictadura militar.

Y así, andemos donde andemos, entre canto, poesía y lágrimas los recuerdos se vuelven realidad. Con profunda emoción emerge el peruano José María Argüedas con su libro «Los Ríos Profundos», donde la fuerza reside en el ser indio, ser mestizo desde la tierra misma. En esta búsqueda intensa e interminable vivió y murió. Mientras reunía su literatura para nuevas ediciones, Sibila, su esposa chilena fue apresada en Lima y desde entonces vive como presa política en los calabozos de una cárcel de esa capital. No me imagina pensándola, pero sí nos reconoce en nuestra búsqueda, que es también la suya y la de tantos y tantos otros.

Enero me llevó a la patria, donde los míos y en busca de trocitos de identidad. Al no alcanzar al encuentro de cada uno de sus rostros llegamos a «La Chascona», ca-

* Investigadora, Oficina Warresisters. Londres.

sa de Santiago de nuestro poeta Pablo Neruda, luego nos fuimos al Puerto de Valparaíso, nos encumbramos en sus cerros y nos adentramos en su otra casa llamada «La Sebastiana» y desde allí me comuniqué con los ausentes, siempre presentes y así; bajo el sol, la voz pausada y profunda de Neruda me recordó la pertinencia de nuestra búsqueda, plasmada en su magistral obra «Alturas de Macchu Picchu»:

«... yo vengo a hablar por vuestra boca muerta
a través de la tierra juntad todos
los silenciosos labios derramados
y desde el fondo habládme toda esta larga noche
como si yo estuviera con vosotros anclado ...»

Isabel, Juanita, Sara, Uberlinda, Gloria, Zulema, Blanca, Marianela, Elvecia, Carmen, Sabina, María, Rosa, Dina, Lastenia, Jovita, Margarita, Genoveva, Angélica, Ángela y a las que la memoria no alcanza a nombrar las retomo a través de vuestras palabras registradas en el espacio que conjuntamente construimos. ¿Con qué derecho lo comparto?. Y sale a mi encuentro el Dr. Fernando Oyarzún, compañero de reflexiones, paseos y cuestionamientos éticos con quien compartíéramos largás horas desde 1975 en medio de la también atropellada vida universitaria en la Universidad Austral de Valdivia. Como testimonio de este caminar, me ha llegado por correo su último libro publicado en junio de 1998: «La persona normal y anormal y la antropología de la convivencia». En él señala: «El rostro del otro se me presenta como una configuración significativa, expresivo-comunicativa, en la que se acusa, de manera viva, corporeizada, la cristalización de múltiples bipolaridades, como son: Lo psico-corporal (la alegría en la sonrisa, la amargura en el gesto mímico), lo singular universal (lo que no se repite unido a la universalidad de su humanidad), el mundo y el sujeto (el otro-el uno), lo percibido-imaginado, etc. Ahora bien, en la relación viva, corporeizada, directa con esta realidad, el uno personal es convocado por el otro; en cierto modo el uno se apropia de esta nueva fisonomía significativa. Tal expresividad del rostro ajeno obliga a una modalidad de relación con una realidad que es, por una parte distante, distinta y ajena respecto del uno; y, por otra parte, cercana, semejante y propia...»

Reunidas en un subterráneo oscuro de calle Bilbao en Osorno, compartíamos la búsqueda, las vivencias, las historias, los hechos y los sentimientos. También la

rabia, los proyectos y las formas de enfrentar la injusticia, la impunidad y, en última instancia, hacerle frente a la dictadura. Así las cosas, en uno de los tantos momentos en los cuales socializábamos lo vivido en torno a la desaparición de un ser querido éstas nos iban describiendo lo particular, lo único, lo que lleva la experiencia al límite de lo comprensible, traspasa los límites de la razón, desborda los sentimientos y, a su vez, caracteriza la relación particular que se tenía con el ausente.

Juanita nos decía: «Yo no me puedo conformar con el hecho que yo lo reté la mañana en que se lo llevaron. Le dije que lo andaban buscando por meterse demasiado en política y que eso nos traería problemas a todos. Y no alcanzó a desayunar antes que vinieran por él. Y yo me voy a quedar para siempre con esa amargura, que se fue triste, con las palabras enojadas de su madre y sin su apoyo y sin su consuelo... No me quiero imaginar como habrán sido sus últimos momentos». Y Juanita, siempre dulce y suave, buscando el consuelo en la Iglesia Protestante, deambulando con las demás mujeres de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en busca de su hijo y de justicia, apoyando a sus vecinos más necesitados, cocinando para su esposo, sus hijos y sus nietos, murió pobremente en su casa de una calle marginal de Osorno. Ni en ese momento de recogimiento pudo encontrar la paz completa, uniformados ocuparon parte de la calle donde vivía, se acercaron al lugar donde era velada y con ello no dejaron dar curso completo al proceso de duelo al cual sus familiares tenían derecho, y el cual ella merecía; derecho que les había sido totalmente negado con respecto a su hijo. Juanita se fue con una sonrisa, a pesar de su pena infinita y con sus zapatos negros nuevos que recientemente le habíamos regalado para cubrir sus pies cansados y con frío durante su inagotable caminar.

Carmen, una campesina baja, gordita y bondadosa que vive en una diminuta casa de población en uno de los barrios pobres de Osorno siempre llegaba a las reuniones con una canastita y pan amasado o galletas para las reuniones. Ella lo preparaba con especial afecto, para compartir con solidaridad sus menguados haberes. En el momento de la detención de su hijo, la que ella presencié pues lo fueron a buscar a la propia casa, ella vivía en el campo con su hijo y una pequeña nieta. Su hijo Carlos manejaba en ese tiempo el tractor del fundo. Recuerda que le dijeron: «lo llevaremos para hacerle unas preguntas y ya regresará». Lo esperó con la puerta sin picaporte durante 20 años, su ropa siempre limpia y planchada y dejando todos los días comida preparada por si aparecía de noche esquivando el resguardo policial y los

primeros años de Estado de Sitio. A los 5 días de la detención los dueños del fundo la obligaron a abandonar la casita donde vivían y llegó así a Osorno. Crió con afecto a su nieta que llegó a ser estudiante universitaria y secretaria de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. En 1992 asistió a una reunión de grupo y se me acercó a ofrecerme un pancito amasado como de costumbre. Al agradecerle me dijo: «He sido muy mala madre». Su categórica aseveración me sorprendió y no pude dejar de expresarle los motivos por los cuales yo encontraba que era una muy buena madre. Me dejó llevarla a un rincón, allí me fundamentó su argumentación. Unos pocos días antes de la reunión, Televisión Nacional, a poco de asumido el primer gobierno democráticamente elegido luego de la dictadura, había presentado un programa acerca de la tortura y en ese contexto señaló: «Fui muy egoísta, siempre pensé que mi hijo lo tendrían vivo en alguna parte y que volvería en cualquier momento. Al ver y escuchar los testimonios sobre tortura deseé que mi hijo hubiese muerto de inmediato, sin tener que sufrir tanto, porque de haber sobrevivido ya habría vuelto a casa». Desde entonces, no lo espera más, pero clama para que se encuentren sus restos para darles «cristiana sepultura» junto a su esposo.

La familia Leveque, antigua familia obrera de ascendencia mapuche de Osorno, estuvo muy comprometida con el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende. Don Pedro había sido casi fundador del Partido Comunista y como tal siempre participó activa y públicamente en el partido. Tenía numerosos hijos y el mayor, Rodolfo, al momento del Golpe Militar tenía 21 años, era casado y tenía un hijo, hoy a punto de terminar su carrera de antropología. Los buscaron a ambos, se los llevaron y de paso también al hijo Wladimir que era inválido y menor que Rodolfo. Don Pedro sobrevivió 3 duros meses de detención y tortura pero sus hijos no corrieron esa suerte, ambos son aún hoy detenidos desaparecidos. Uberlinda, esposa de Pedro y madre de ambos desaparecidos fue por años presidenta de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Hacía innumerables viajes a Santiago representando a su grupo de Osorno, buscando a sus hijos y solicitando ayuda médica pues la búsqueda la iba «trastornando», como ella lo nombraba. En nuestras reuniones siempre nos repetía: «Me duele tanto que se llevaran a mis hijos; el Rodolfo tenía claro por qué lo andaban buscando, por ser el Presidente de las Juventudes Comunistas de Osorno; pero el Wladi que mal podría haber hecho, era paralítico, no me dejaron alcanzarle sus muletas y yo me desespero pensando como lo habrá hecho el pobre para ir al baño si no podía desplazarse sin ellas». Doña Ube, como la llamamos cariñosamente,

acompañó a don Pedro hasta su muerte hace un par de años, entregó la presidencia de la agrupación a su cuñada Angélica y no ha claudicado en la búsqueda de sus hijos, centrándola más en su hijo inválido porque: «Él lo necesita más, sólo me tiene a mí, el Rodolfo tiene a su mujer y a su hijo que ya es todo un hombre».

En ese mismo contexto conocí a Zulema, ya anciana a comienzos de los 80. Decía siempre representar en la agrupación a José, un sobrino desaparecido. Y lo hacía con fervor cuando sus padres, 2 ancianos campesinos mapuches no podían concurrir. Ella siempre tuvo don de dirigente, a pesar de ser analfabeta pero en sus propias palabras: «Con una memoria que se la quisieran las asistentes sociales y sabiendo hablar o callar, según las circunstancias». Varios años después, al comentar en el grupo el libro de Patricia Politzer: «El Miedo en Chile» en el cual se narraba la historia de 10 personajes cargados de miedo y que o habían sobrevivido en condiciones extremas la represión o habían temido al gobierno de la Unidad Popular ella no dijo nada pero me pidió ir a su casa. Allí, luego que se durmieran sus hijos me dijo: «Yo no quiero saber nada de esa periodista, es una aprovechadora, cuenta la historia de mi hija y se hace rica a nuestra costa sin saber que nos pone en riesgo y sin siquiera darnos copia del libro». No podía creer lo que estaba escuchando. Su hija era la Alcaldesa de Entre Lagos, fusilada con su esposo y que sobrevivió esa experiencia cayendo al río Pilmaiquén, saliendo a nado, pidiendo ayuda a campesinos lugareños diciendo que su esposo la perseguía con un cuchillo y viviendo clandestinamente por años al resguardo de la Vicaría de la Solidaridad para no ser buscada nuevamente. Sus hijos la dieron por muerta junto al padre. Zulema, su madre, guardaba el secreto sigilosamente, hacía de nexos y le llevaba pedacitos de historia a su hija. Pocos días después fotocopié la historia de Blanca, fui a su casa, tomamos mate junto al brasero, le leí la historia y le dejé la fotocopia. No hicimos comentario alguno, nos dimos un abrazo y un beso. Sólo volví verla una vez más antes de su muerte, 2 años después.

En 1992 llegué a vivir a Temuco. Allí vive Blanca, hija de Zulema. Nos hemos acercado, hemos compartido gratos momentos sociales en su hogar, la he ayudado a reclamar sus derechos en tanto esposa de un detenido desaparecido. He conocido desde ella misma el orgullo que para ella significa el haber sido nombrada Alcaldesa por Salvador Allende en tanto dirigente poblacional. También he escuchado algunas de sus desventuras, de su falta de confianza en la justicia humana, del miedo que aún siente, de la impotencia y rabia que la embargan al haber dado testimonio sobre los

responsables de su ejecución ante los tribunales chilenos e internacionales y saber que los culpables siguen libres y que se pasean como civiles comunes y corrientes por las calles de nuestro país. Es ahora, luego de haber militado por años en el Partido Comunista, miembro activo de una Iglesia Cristiana.

En los barrios pobres de la pequeña ciudad de Entre Lagos viven Jovita y su familia como también Lastenia. También vivió María. Doña Blanca las conoció a todas durante su periodo como Alcaldesa. Jovita era una niña, hermana de un detenido desaparecido ejecutado junto a ella y su esposo. María también perdió a su esposo. Hace 2 veranos logré una visita de Blanca al lugar donde ocurrieron los hechos, compartió con sus amigas, gozó la amistad, se emocionó ante los recuerdos y se indignó ante el grado de pobreza en que viven; mayor que cuando ella era autoridad. Visitó el nuevo puente Pilmaiquén, caminó por el viejo y colgante donde fuera ejecutada con otros campesinos, todos aún desaparecidos, visitó el monumento que levantamos en 1990 para recordar al grupo y en palabras del cantante cubano Pablo Milanés, «volvió a pisar las calles nuevamente, de lo que fue... ensangrentada».

Lastenia es mapuche, campesina, luchadora social innata, madre de 4 hijos. La conocí en Osorno, generosa con su triste sonrisa, cálida en el abrazo, directa en la mirada y tajante en la verdad. Repetía siempre la misma historia: «No hay derecho que los culpables anden sueltos y ningún tribunal competente los haga decir donde están». Cada vez estaba más enojada, era incapaz de hablar de otra cosa. Sus compañeras, a pesar del respeto, comenzaban a impacientarse. Un buen día le preguntamos por qué repetía tantas veces la historia que ya conocíamos y nos contestó que ella sabía quienes habían fusilado a los de Entre Lagos y que a ella también le iba a tocar pero que no había cabido en el vehículo, que cuando los carabineros habían vuelto borrachos y que uno de ellos le había dicho: «Que te salve ahora tu Alcaldesa, ahora que se la comieron las pancoras». No hubo nuevas ejecuciones y Lastenia se salvó. Por su modesta condición pensó que nadie le creería su versión, hicimos un 'role play', dramatización de los eventos, y le insistimos en que su verdad era la que contaba, que ese sería el tribunal competente que ella esperaba. Se sintió muy aliviada, luego dio su testimonio ante uno de los Juzgados de Osorno, siente que ha cumplido con los ausentes pero se siente amargada al ver que los asesinos siguen caminando libremente por las calles de su pueblo, sabiendo que su verdad, por verdad que sea, no les ha afectado en nada, que la impunidad total se los permite.

Camino al Sur desde Osorno encontramos la pequeña ciudad de Río Negro. Allí vive Isabel, esposa de Mario, destacado deportista de la zona y quien fuera Regidor por el Partido Comunista representando a su ciudad. Fue detenido a pocos días del golpe militar y a diferencia de muchos detenidos desaparecidos pudo ser visto por su esposa en varias ocasiones mientras se encontraba detenido en el Estadio Español. Ella veía como su estado de salud iba empeorando y en la última ocasión que lo pudo ver le pidió que no lo abrazara pues tenía las costillas rotas. A la vez siguiente que se presentó al lugar le manifestaron que había sido liberado y que seguramente llegaría cualquier día a casa. Eso no ocurrió. Esperaba y buscaba, con sus 2 hijos. Hizo numerosos viajes siguiendo pistas que le iban dando, llegó incluso a Santiago y cada vez que veía un vagabundo le parecía que era Mario pues pensaba que producto de las torturas habría salido en malas condiciones y que podría estar desorientado y buscando llegar a casa. En este contexto crió a sus hijos y con ellos participó en la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Sus hijos comenzaron a participar en política en tanto terminó la dictadura. Sin embargo, el mayor y quien es hoy un destacado profesional en Puerto Montt, se alejó desencantado de cualquier actividad pública viendo que se perpetuaba el modelo neoliberal y cuán amarrada estaban las prácticas al régimen militar. El hijo menor aún participa. Años más tarde su espíritu solidario y comprendiendo lo que es el abandono social, adoptó a una pequeña que no pudo ser criada por su madre. Viviana tiene hoy 12 años, acompaña mucho a su madre. En este proceso de acercamiento a las familias y compromiso con sus circunstancias me pidieron ser madrina de la pequeña. Ha sido una hermosa experiencia mantener este estrecho vínculo que me compromete de por vida no sólo a la causa de los derechos humanos, sino a mantener una cercanía permanente con ellos. Desde hace unos años Isabel recibe la Pensión de Reparación que otorga el Estado. Tanto a ella como a quienes les ha correspondido este beneficio les ha mejorado la calidad de vida pero Isabel ha manifestado. «Sólo me dan lo que corresponde, con Mario nunca nos faltó nada y por años vivimos en la miseria después de los hechos y despreciados por todos. Además no ha habido justicia, eso sería algo de reparación. Yo no le doy a nadie lo que vivimos, ni siquiera nos han entregado los huesitos. Con unos poquitos que nos entregaran nos sentiríamos tranquilos, nos volvería el alma al cuerpo, así como que viviremos siempre en la duda».

Un poco más hacia el interior de Río Negro, siguiendo un camino estrecho de tierra en medio de una bella geografía, está Riachuelo, pueblito pequeño de obreros

agrícolas y forestales. Allí vivió la familia Barria-Bassay hasta hace 3 años cuando por motivos de salud y mayor cercanía a los hijos sobrevivientes se trasladaron a Osorno. A pocos días del pronunciamiento militar fueron apresados 2 hijos, de 19 y 21 años, quienes participaban activamente en el Partido Socialista. Desde entonces están desaparecidos. Ellos se hicieron cargo de 2 hijos de los detenidos a quienes criaron como hijos propios. Una abuela materna crió a otra de los pequeños que quedaron. Vivieron tiempos muy difíciles. El miedo y el estigma social era mayor en los pueblos pequeños. Elvecia Bassay ha mantenido los afectos y la calidez a pesar de todo lo vivido. Recuerdo haber viajado con 2 grandes frascos de mermelada casera a Holanda para llevarle a un hermano exiliado. Me sorprendió su capacidad de compartir a pesar de la pobreza y me llenó de alegría ver la acogida que este obsequio tuvo. Ha participado durante años en la búsqueda de sus hijos, aportando antecedentes y apoyando cada acción legal. Me impactó mucho su testimonio a la muerte de otro hijo varón en un accidente automovilístico. «Esto es terrible, perder un hijo es lo peor que le puede ocurrir a una madre. Es contra natural, uno está para criarlos y dejarlos hombres o mujeres. Pero tener un hijo desaparecido es lo peor. Y nosotros perdimos 2. No se puede comprender, no se tiene sosiego. Yo digo que hubiese sido terrible perder a mi viejo, pero de algún modo hubiese salido adelante. Yo no voy a descansar jamás. A veces pienso que ni después de muerta».

Estas pequeñas historias no pretenden ser las piezas de un rompecabezas. Simplemente las comparto con la esperanza de descorrer sutilmente cortinas de ventanas a mundos, vivencias y realidades imposibles de imaginar sin el testimonio vivo de sus protagonistas. Si el regalo de la confianza y amistad de ellas, además de mi pluma, logran en parte este objetivo, siento que habremos estrechado distancias y acercado entendimiento.

